ces al ponerse el sol, sentada en el banco de piedra en el umbral de la cabaña de Paciencia.

XIII

Supondreis y supondreis muy bien, que los homenajes de que mi prima estaba rodeada, volvieron á encender en mi seno el mal apagado fuego de los celos. Desde que obedeciendo á sus órdenes, me había entregado al estudio, no podré deciros si me atrevía á contar demasiado con la promesa que me había hecho de casarse conmigo cuando estuviese en estado de comprender sus ideas y sus sentimientos.

Parecíame que este tiempo había llegado, ya porque de cierto comprendía á Edmunda, mejor quizás que ninguno de los hombres que le hacían la corte en prosa y verso. Aunque resuelto á no prevalerme ya del juramento arrancado en la Roca de Mauprat; ¿la última promesa hecha libremente en la ventana de la capilla; la conclusión es que yo podía sacar de la conversación con el abate, sorprendida por mí en el parque de San Severo: la obstinación con que se opuso á que me alejara de ella, y la que empleó para dirigir mi educación; más los cuidados maternales que me había prodigado durante mi enfermedad, no me daban, ya que no derechos, motivos de esperanza?

Cierto que su amistad era glacial, desde que mi pasión se revelaba en mis palabras ó en mis miradas: cierto que desde el primer día no había adelantado un paso más en su intimidad; cierto también que M de la Marche frecuentaba la casa, y que ella le mostraba siempre la misma amistad que á mí con menos familiaridad y más miramientos; pero esto podía consistir muy bien en la diferencia de nuestros caracteres y de nuestras edades, y por consiguiente, no probaba preferencia á ninguno de los dos.

Podía, pues, atribuir su promesa, á un mandato de su conciencia; el interés que tomaba en instruirme, al culto que tributaba á la dignidad humana rehabilitada por la filosofía; su afecto tranquilo y constante á M. de la Marche á un pesar profundo, dominado por la fuerza y por la prudencia de su espíritu.

Estas perplejidades eran atormentadoras. La esperanza de forzar su amor con mi sumisión me había sostenido largo tiempo; pero esta esperanza comenzaba á decaer porque según, confesión de todos, yo había hecho progresos extraordinarios, esfuerzos prodigiosos, y era necesario que la estimación de Edmunda hacia mí hubiese crecido en la misma proporción. Lejos de esto, ni dió la más pequeña muestra de admirarse de lo que llamaban mi alta inteligencia y que ella misma había elogiado más de lo razonable y justo. En cambio no se forjaba ilusiones sobre los defectos de mi carácter y sobre los

vicios de mi alma, pues me los reprendía con cruel dúlzura, y con una paciencia á propósito para desesperarme, como si hubiese tomado el partido de no amarme nunca ni más ni menos que lo que me amaba.

Entretanto, todos le hacian la corte, pero ninguno era correspondido. Corría la voz de que estaba prometida á M. de la Marche; pero como vo, nadie comprendía la demora indefinida dada á este enlace; así es que llegó á decirse que Edmunda buscaba pretextos para desembarazarse de él, y como no se encontrase motivo bastante á justificar esta repugnancia, se supuso que estaba perdidamente enamorada de mí: mi historia singular había hecho ruido, las mujeres me examinaban con curiosidad, los hombres me mostraban mucho interés v una especie de consideración que yo afectaba despreciar, por más que en el fondo lisonjease mi vanidad; y como nada logra crédito en el mundo, si no lo embellece alguna ficción, exajeróse extraordinariamente mi talento, mi amplitud y mi saber: pero apenas nos vieron, en presencia de Edmunda, á M. de la Marche y á mí todas las deducciones quedaron reducidas á la nada, al ver la serenidad v casi indiferencia con que nos tratábamos.

Edmunda era con nosotros en público lo que era en particular; Mr. de la Marche un maniquí sin alma y perfectamente adiestrado á las maneras propias y convenientes; yo, estaba devorado de pasiones diferentes, pero impenetrable, á fuerza de orgullo, y tambien, debo confesarlo, de pretensión á la sublimidad del caracter. Conviene deciros que yo había tenido el honor de ser presentado á Franklin como un sincero adepto de la libertad. Sir Arturo Lee me había honrado con una especie de benevolencia y con sus excelentes consejos; tenía, pues, la cabeza trastornada como los mismos de quienes tan duramente me burlaba, hasta el punto de que esta pequeña aureola daba á mis tormentos el alivio que tanto necesitaba.

No os admireis si os digo que tenía el mayor placer del mundo en no empolvar mis cabellos, en llevar zapatos gruesos, en presentarme en todas partes en traje, más que sencillo, rígidamente limpio y de color obscuro; en una palabra, en remedar cuanto era permitido entonces, sin ser confundido con un verdadero plebeyo, los ademanes y el aire del honrado Ricardo. Tenia diez y nueve años y vivia en un tiempo en que cada uno afectaba un papel; he aquí toda la escusa que puedo dar.

Podria alegar tambien que mi demasiado indulgente é ingénuo ayo me probaba abiertamente, que mi tio Huberto, aunque se burlaba de mí de vez en cuando, me dejaba obrar, y que Edmunda no me decía absolutamente nada acerca del papel ridículo que yo hacia, y hasta parecia no notarlo.

La primavera entretanto habia llegado, nosotros

246

íbamos á volvernos al campo, los salones se despoblaban y yo continuaba siempre en la misma incertidumbre.

MAUPRAT

Un día observé que M. de la Marche mostraba, á pesar suyo, el deseo de hallarse á solas con Edmunda. Al principio tuve un placer en hacerle sufrir permaneciendo inmovil en mi silla, pero creí ver en la frente de Edmunda aquella ligera arruga que tanto conocía, y despues de un diálogo mudo conmigo mismo, salí decidido á conocer las consecuencias de aquella entrevista, y á conocer mi suerte, cualquiera que ella fuese.

Al cabo de una hora volví al salón, donde hallé reunidos, á mi tio, M. de la Marche, Edmunda que estaba pensativa, aunque no triste, y al abate que le dirigia con sus miradas preguntas que ella no oía ó no queria oir.

M. de la Marche acompañó á mi tío á la comedia francesa. Edmunda dijo que tenía que escribir y pidió permiso para quedarse.

Yo seguí al conde y al caballero, pero despues del primer acto, pude deslizarme y volví á casa: Edmunda había dado órden para que no dejasen entrar á nadie, y yo interpreté esta órden como dada exprexamente para mí. Los criados encontraban muy natural que yo obrase como individuo de la familia y no me pusieron el menor obstáculo. Entré, pues en el salón temiendo que se hallase en su estancia, por-

que allí no me hubiera sido permitido, ni posible seguirla.

Hallabase sentada al lado de la chimenea entretenida en deshojar un ramo de flores azules y blancas que yo habia cojido en mi paseo al sepulcro de Juan Jacobo Rousseau. Estas flores me recordaron una noche de entusiasmo, un rayo de luna, las únicas horas de felicidad tal vez que podia mencionar en mi vida.

-¡Habeis vuelto ya! me dijo sin turbarse.

-Ya es una palabra muy dura, le contesté; ¿quereis que me retire à mi cuarto, Edmunda?

—No tal, no me incomodais pero hubiérais aprovechado mejor el tiempo en la representación de la *Merope* que en oir mi conversación esta noche, por que os advierto que estoy hecha una idiota.

—Tanto mejor, prima; así no me humillareis y por la primera vez nos hallaremos bajo un pie de perfecta igualdad. Pero ¿quereis decirme por qué despreciais tanto mis flores? Yo creía que las guardaríais como una reliquia.

-Por Rousseau dijo sonriéndose con malicia sin alzar los ojos para mirarme.

-¡Oh! así es como yo lo entiendo, repliqué.

-Estoy jugando á un juego muy interesante, dijo, no me interrumpais.

—Lo conozco, la dije; todos los hijos de la Varenne lo juegan, y todos nuestros pastores creen en el fallo de la suerte que este juego revela. ¿Quereis que os explique vuestos pensamientos, cuando arrancais esos pétalos de cuatro en cuatro?

-¡Veamos, gran nigromántico!

- Un poco, así es como alguno es ama; mucho, así es como le amais: apasionadamente, así es como otro os ama, y nada así es como amais á este.

—¿Y podria saberse, señor adivino, replicó Edmunda, cuyo semblante tomó cierta gravedad, lo que significan esas palabras alguno y otro? Creo que sois como las antiguas pitonisas; vos mismo no sabeis el sentido de vuestros oráculos.

-- No podríais adivinar el mio, Edmunda?

-Procuraré interpretar el enigma, siempre que me prometais hacer en seguida lo que hizo la esfinge vencida por Edipo.

—¡Oh! Edmunda, exclamé, hace mucho tiempo que me rompo la cabeza contra las paredes por vos y por vuestras interpretaciones! y sin embargo, no habeis adivinado ni una sola vez...

—¡Oh Dios mio! ¡sí! dijo arrojando el ramo de flores sobre la chimenea; vais á ver. Amo un poco á M. de la Marche, y os amo mucho. El me ama apasionadamente, y vos no me amais nada. Esta es la verdad.

—Os perdono de todas veras esa mala interpretación, siquiera por la palabra *mucho*, la contesté, queriendo apoderarme de sus manos, que ella retiró bruscamente, y que á la verdad hizo mal, porque si me las hubiera abandonado, me hubiera limitado á estrecharlas fraternalmente; pero esta especie de desconfianza despertó recuerdos peligrosos para mí. Creo que tenía aquella noche en su aire y sus modales mucha coquetería, y hasta entonces no le había observado jamás la menor veleidad.

Me sentí alentado sin saber por que, y me atreví á hacerle alusiones picantes sobre su entrevista con M. de la Marche; pero ella no se cuidó absolutamente de rechazar mis interpretaciones, se echó á reir cuando la dije que me diese las gracias por la política exquisita con que me había retirado al verla fruncir el ceño.

Esta ligereza orgullosa principiaba á irritarme un poco, cuando entró un criado y le entregó una carta diciendola que esperaban la respuesta.

-Acercad la mesa y cortadme una pluma, me di jo: y con aire negligente, abrió y recorrió la carta, mientras que yo, sin saber de qué se trataba, preparaba todo lo necesario para escribir.

Largo tiempo hacia que la pluma de cuervo estaba cortada, y fuera de la permufada cartera el papel de color, y Edmunda ni prestaba la menor atencion, ni se disponia á hacer uso de ellos.

La carta abierta estaba sobre sus rodillas, sus pies apoyados sobre los morillos de hierro de la chimenea, sus codos en los brazos del sillón, en su actitud favorita de meditación. Estaba enteramente absorta; la hablé quedo y no me oyó. Creí que se había olvidado

de la carta y que se dormía. Al cabo de un cuarto de hora entró otra vez el criado y preguntó, de parte del mensajero, si estaba ya la respuesta.

-Es verdad, respondió Edmunda; que aguarde.

Volvió á leer la carta con extraordinaria atención y se puso á escribir con lentitud; despues arrojó al fuego su respuesta, rechazó con el pié su sillón, dió algunos paseos por la sala, y de repente se paró delante de mí y me miró con aire frío y severo.

-¡Edmunda! exclamé levantándome con impetuosidad, ¿qué os pasa, y qué relacion puede tener conmigo esa carta que tanto os inquieta?

-; Qué os importa? respondió.

—¡Qué me importa! exclamé. ¿Qué me importa la sangre que circula por mis venas? ¡Preguntad esto, enhorabuena! pero no me pregunteis en qué me interesa una de vuestras palabras, ó una de vuestras miradas; porque bien sabeis que mí vida depende de ellas.

-No digais locuras, Bernardo, replicó volviéndose á su sillon con aire distraido; hay tiempo para todo

-¡Edmunda! ¡Edmunda! no jugueis con el leon •dormido, no atíceis el fuego que está oculto bajo la ceniza.

Edmunda se encogió de hombros y se puso á escribir con mucha animación. Su tez estaba encendida y de vez en cuando pasaba sus dedos por entre

los hermosos y largos tirabuzones que caían sobre sus hombres. Estaba peligrosamente bella en este desorden, y en su semblante se reflejaba la imágen del amor. Pero, ¿á quién amaba? Indudablemente á aquel á quien escribía. Los celos abrasaban mís entrañas. Salí bruscamente: atravesé la antecámara: miré al hombre que había llevado la carta; tenía la librea de M. de la Marche. Ya no me fué posible dudar, pero esta certidumbre aumentó mi furor. Volví al salón empujando violentamente la puerta, pero Edmunda, no volvió siquiera la cabeza y continuó escribiendo. Me senté enfrente de ella y la miré con ojos encendidos, pero ella no se dignó alzar los suyos para verme, y hasta creí notar en sus labios sonrosados una semi-sonrísa que parecia insultar mi angustia. En fin terminó su carta y la cerró. Entonces me lavanté y me acerqué á ella, violentamente tentado de arrancársela de las manos. Había ya aprendido á contenerme algo más que en otro tiempo; pero conocía que un solo instante puede, en las almas apasionadas, destruir el trabajo de muchos dias.

-Edmunda, la dije con amargura y con un espantoso gesto, que se esforzaba en ser una sonrisa cáustica, ¿quereis que entregue esa carta al lacayo de M. de la Marche, y que le diga al mismo tiempo al oído á qué hora puede su amo venir á veros?

-Me parece, contestó con una serenidad que me exasperó, que he podido indicar la hora en mi carta

y que no hay necesidad de enterar á los criados.

—Edmunda, deberíais tratarme con menos crueldad, exclamé.

Decid lo que querais, no me dá cuidado, contesté, y arrojando sobre la mesa la carta recibída, salió para entregar por sí misma su respuesta al mensajero. No sé si me había dicho que leyera aquella carta, pero sí que fué irresistible el impulso que me obligó á hacerlo. Estaba concebida en estos términos:

«Edmunda, al fin he descubierto el secreto fatal que ha puesto, según vos, un invencible obstáculo à nuestra unión. Bernardo os ama: su agitación de esta mañana lo ha revelado. Pero vos no le amais, estoy seguro de ello... ¡Es imposible! Me lo hubié. rais dicho francamente. El obstáculo, pues, está en otra parte. ¡Perdonadme! He llegado á saber que pasásteis dos horas en la cueva de los bandidos ¡Infeliz! ¡vuestra desgracia, vuestra prudencia vuestra sublime delicadeza os ennoblecen más á mis ojos! ¿Por qué no habeis dicho desde el principio de qué desgracia érais víctima? Con una palabra sola, hubiera calmado vuestro dolor y el mio. Os hubiera ayudado á ocultar vuestro secreto. Hubiera llorado con vos, ó más bien hubiera borrado el odioso recuerdo con el testimonio de un cariño á toda prueba. Pero no debeis desesperar; todavía es tiempo de pronunciar esa palabra; héla aquí. «Edmunda, os amo más

que nunca, más que nunca estoy decidido á ofreceros mi nombre, dignaos aceptarlo.»

Esta carta estaba firmada por Adhemar de la Marche.

Apenas había concluído de leerlo, cuando entró Edmunda y se acercó á la chimenea con inquietud, como si hubiera dejado olvidado algún objeto precioso. Yo le alargué la carta que acababa de leer, pero la tomó con aire distraido y bajándose hacia la chimenea cogió con precipitación y con una especie de alegría un papel arrugado, que la llama había tocado apenas. Era la primera respuesta que había escrito á la carta de M. de la Marche, y que no tuvo por conveniente enviarle.

-Edmunda, le dije, postrándome á sus plantas; dejadme ver ese papel. Sea cualquiera su contenido, me someto al fallo dictado por vuestro primer impulso.

—¿De veras? dijo con una expresion indefinible, ¿lo haríais asi? Si amase á M. de la Marche, si os hiciera sacrificio grande renunciando á su amor, ¿seríais bastante generoso para relevarme de mi palabra?

Tuve un momento de perplegidad; un sudor frio bañaba mi cuerpo. La miré fijamente, pero sus ojos impenetrables no revelaban su pensamiento. Si hubiera creido que me amaba y que sometía mi virtud á una prueba, quizás me hubiera mostrado el heróico pero temía un lazo y la pasión pudo más. No me sentí con fuerzas para renunciar á ella de buen grado y la hipocresía me repugnaba. Me levanté temblando de cólera y exclamé:

-Le amais, confesad que le amais.

—Y aun cuando así fuese, contestó guardándose el papel en el bolsillo, ¿dónde estaría el crimen?

-El crimen estaría en haber mentido hasta aqui diciéndome que no le amábais.

—Hasta aqui es mucho decir, replicó mirándome de hito en hito; desde el año pasado no hemos tenido la menor explicacion sobre este particular. En aquella época era posible que no amase mucho á Adhemar, y ahora seria posible que le amase más que a vos. Si comparo hoy la conducta de uno y otro, veo de un lado un hombre lleno de orgullo y sin delicadeza que se prevale de un compromiso que tal vez mi corazon no ha ratificado; del otro, á un admirable amigo cuya abnegacion sublime arrostra todas las preocupaciones, que aun creyéndome deshonrada con una mancha indeleble, no por eso persiste menos en encubrir esta mancha con su proteccion.

—¡Cómo! ¿ese miserable cree que os he violentado v no me desafía?

—No lo cree, Bernardo; sabe que habeis protejido mi evasion de la Roca de Mauprat; pero cree que mê habeis socorrido demasiado tarde, y que he sido víctima de los demás bandidos.

-¡Y quiere casarse con vos, Edmunda! ¡O es en

efecto un hombre sublime, ó un hombre más testarudo de lo que se cree!

—Callad, dijo Edmunda con cólera: esa odiosa explicación que dais á una conducta tan generosa, parte de un alma insensible ó de un espíritu perverso. Callad, si no quereis que os aborrezca.

—Decid que me aborreceis, Edmunda, decidlo sín temor, lo sé ya.

—¡ Sin temor! Deberíais saber también que no os dispenso el honor de temeros. En fin, contestadme; sin saber lo que pretendo hacer, ¿comprendeis que debeis devolverme mi libertad y renunciar á tan bárbaros de echos?

-No comprendo otra cosa sino que os amo con furor, y que desgarraría con mis uñas el corazón de quien se atreviese à disputarme el vuestro. Sé que os obligaré á amarme, y que si no lo consigo, á lo menos no sufriré jamás que pertenezcais á otro, viviendo yo. Antes hallarán mi cuerpo, acribillado de heridas y brotando sangre por todos sus poros, que consienta el que otro os ciña al dedo un anillo nupcial; os deshonraré además al lanzar mi último suspiro diciendo que érais mi manceba, y de este modo turbaré la alegría del que triunfe de mí: y si puedo daros de puñaladas al espirar, lo haré, á fin de que seais á lo menos mi mujer en el sepulcro. He aquí lo que pienso hacer, Edmunda. Y ahora burlacs cuanto querais de mí, conducidme de lazo en lazo, gobernadme con Vuestra admirable política: podreis engañarme cien

veces, porque soy un ignorante, pero vuestra intriga llegará siempre al mismo desenlace, porque lo he jurado por el nombre de Mauprat.

—¡Corta piernas! añadió con fria ironía, y quiso salir.

Yo iba à cogerla del brazo, cuando sonó la campanilla; era el abate quien entraba. Apenas apareció, Edmunda le estrechó la mano y se retiró á su cuarto sin dirigirme una sola palabra.

Al observar el buen abate mi turbación, me interrogó acerca de ella con la franqueza que debían darle ya sus derechos á mi afecto. Pero este punto era el único sobre el cual no nos habíamos jamás explicado. En vano lo había intentado; no me había dado una sola lección de historia sin sacar de los amores ilustres un ejemplo ó un precepto de moderación y de generosidad; pero ni una palabra había logrado hacerme decir sobre este particular. Yo no podía perdonarle enteramente el mal servicio que me hacia para con Edmunda, y aun creía que me lo estaba haciendo en la actualidad, por cuya razón me ponía en guardia contra todos los argumentos de su filosofia y todas las seducciones de su amistad. Aquella noche más que nunca fui inatacable. Dejéle inquieto y de mal humor, y fuí á arrojarme sobre mi cama, donde oculté mi cabeza entre los cobertores, á fin de ahogar mis sollozos, implacables vencedores de mi orgullo y de mi cólera.

SEGUNDA PARTE

Al dia siguiente llegó al colmo mi desesperación al ver á Edmunda más que nunca fria conmigo. Mr. de la Marche no había venido y creí observar que el abate había estado en su casa, y hablaba á Edmunda del resultado de su conferencia. Por lo demás, ambos estuvieron enteramente tranquilos, y devoré en silencio mi inquietud, pues no logré hallarme á solas con Edmunda ni un instante. Por la tarde fuí á pié á casa de M. de la Marche. No sé lo que quería decirle. Me hallaba en un estado de desesperación que me impelía á obrar sin objeto y sin plan. Supe que había dejado á París. Volví á casa y hallé á mi tio muy triste. Al verme frunció el ceño, y después de haberme dirigido algunas palabras indiferentes y